

Alfredo el Grande

ALFREDO EL GRANDE

Vida de un cómico

Landa lo cuenta todo

Marcos Ordóñez

Aguilar

© 2008, Marcos Ordóñez

© De esta edición:

2008, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 90 93

www.aguilar.es

aguilar@santillana.es

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente

Fotografía de cubierta: Jordi Socías

Fotografías de interiores: Archivo personal de Alfredo Landa

Primera edición: noviembre de 2008

ISBN: 978-84-03-09880-0

Depósito legal: B-41.246-2008

Impreso en España por Top Printer Plus, S. L. L. (Móstoles, Madrid)

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

Pepita Forever

*Y para la condesa de Imaz y el capitán Arturo,
que están detrás de todo esto.*

«Las mejores interpretaciones raramente son reconocidas,
porque no atraen la atención hacia su excelencia.
Como cualquier heroísmo real, son sencillas y sin pretensiones,
y parecen brotar de una manera natural e inevitable.
Están tan fusionadas con el actor que demasiada gente
tiende a pensar que no tienen nada que ver con el arte».

DAVID MAMET, *Verdadero y falso*

Índice

Primer acto	13
I	15
II	27
III	39
IV	49
V	61
VI	75
VII	89
VIII	103
Segundo acto	115
IX	117
X	131
XI	145
XII	161
XIII	175
XIV	189
XV	207
Tercer acto	221
XVI	223
XVII	235
XVIII	249
XIX	263
XX	275
XXI	289
XXII	301
XXIII	311

ALFREDO EL GRANDE

Telón	323
XXIV	325
Fuentes complementarias	337
Filmografía	339
Índice onomástico	355

PRIMER ACTO

I

Que no, hombre, que no, que lo deajo, que lo he dejado, que no hay más cáscaras, y que estoy más contento que Chupito. La gente me dice: ¿está usted jubilado, don Alfredo? No, señora, estoy *retirado*, que no es lo mismo. Si no se puede estar mejor, les digo. ¡Re-ti-ra-do! ¿A que suena bien?

Igual que si hubiera terminado la mili. Que no hice, la verdad, por hijo de viuda. Libre, que ya era hora, caramba, libre de levantarme cuando me dé la gana y no a las seis, como durante cincuenta años, que se dice pronto.

En este barrio y en esta casa se está de maravilla, ya lo ves. Antes era un dúplex, con una escalera que enlazaba los dos pisos. Los chavales crecieron, se casaron, y Maite y yo nos encontramos de repente con ocho habitaciones y tres cuartos de baño, y es lo que le dije yo: ¿Para qué queremos tanta casa, vamos a ver? El piso de abajo, que son ciento treinta y tantos metros cuadrados, se lo pasamos a Idoia, la mayor, que vive ahí con su marido y sus dos niños. O sea, mis nietos. Idoia es documentalista de Gómez Acebo y Pombo, un *holding* de abogados que tiene la sede en las Torres Kio. Mi hijo Alfredo es informático, un alto cargo en una empresa que se llama Starling. Ainhoa, la pequeña, se ha tirado trece años en Los Ángeles haciendo diseño gráfico para la Warner. Que se quiso ir y que se quiso ir. Muy bien, pues vete, le dijimos, lo que tú digas, lo que tú elijas. Ahora acaba de volver y ha cogido una especie de buhardilla en Malasaña, que se ve que le gusta Malasaña, ya ves tú, y sigue en lo suyo.

¿Mi vida? Una vida cojonuda, hombre. A las doce me levanto yo tan ricamente. Me acuesto a la una o las dos de la noche, leyendo, charlando, o aquí en la terraza, mirando los árboles y las lu-

ces, escuchando ¿qué?, pues el silencio de esta calle, pensando en mis cosas, quieto, sin hacer nada, eso es lo que más me gusta. ¿Tú sabes la alegría que da imaginarte la maldita agenda de toda la vida, cuando aún estás medio dormido en la cama, y ver que no hay nada apuntado, que tienes todo el día para ti? Desayunar, leer la prensa, el paseíto de los cojones que me ha mandado el médico, que ya me sé yo de memoria la manzana de mi casa, vamos, es que puerta por puerta, y luego el aperitivo, un poco de tertulia, y luego comer, nunca demasiado porque mi querida y siempre bien ponderada es la cocinera de Gandhi, que no, Maite, joder, que es broma, y luego la siesta, pero nada de una cabezadita, no, no, no, unas siestas que cruje el sentido, de esas de pijama y orinal, como decía Cela, y luego al cine, porque yo voy al cine casi todas las tardes, me lo veo todo, aunque cada vez haya menos que ver, la verdad sea dicha.

Los sábados a mediodía, misa de una. O sea, aperitivo y tertulia a la una con Pepe Sacristán si está, y Bonilla que está casi siempre, y Resines, y a veces Rellán, en el bar de un hotelito de aquí cerca. En Marbella, tomar el sol y nadar y estar con los chicos, que ya no son tan chicos, que yo ya tengo cuatro nietos, Jerónimo se llama el más pequeño, como el jefe indio. En San Sebastián, chiquitear y pasear con mi siempre bien ponderada, y comer cada viernes con los amigos de la sociedad gastronómica. Es mi peña de toda la vida, los mismos con los que iba al colegio. Charlamos, comemos, cantamos y tocamos la guitarra.

Y jugamos al mus, por supuesto.

Mi carné de identidad es mi carné de mus. Lo mejor es la negrilla, lee:

«El poseedor de este documento está obligado a comunicar al contrario la superioridad que sobre él tiene en este arte».

Eso desconcierta un huevo.

Este carné me lo regaló un íntimo, José Mari Michelena, que se autotituló rector magnífico de la Universidad del Mus. Se lo enseñé un día al Rey y se partió el pecho. Y me invitó a una partida en la Zarzuela a través del marqués de Mondéjar. Dije que sí pero luego me achanté. No me veía yo jugando con el Rey, la verdad. O no me veía yo ganando al Rey, lo que prefieras.

Pues eso, hombre, que he colgado los hábitos. Acabé de rodar con *Garcí Luz de domingo* en diciembre, que no fue precisamente un rodaje fácil, ya hablaremos, y estuve un buen tiempo dándole vueltas al asunto.

Calibré mucho lo que entrañaba la decisión de retirarme, de empezar a verlo todo desde fuera. Pensaba en Severiano Ballesteros, ya ves tú. No me voy a comparar con él ni mucho menos, pero me decía yo: este hombre ha sido un fuera de serie, ha ganado tres chaquetas verdes en Augusta y ahora no coge ni un corte de un campeonato de Playa de Aro, pongamos. Su mérito se ha ido diluyendo, diluyendo... ¿Y yo qué he de hacer? ¿Por mantenerme en esto voy a hacer una mierda, voy a hacer el ridículo? Ni hablar. En la vida hay que saber llegar y saber irse. Se lo conté a mi siempre bien ponderada y lo entendió de maravilla.

Me miró a los ojos y me dijo:

«Olé».

«¿Olé?».

«Si es lo que tu sientes, adelante».

Tenía que plantárselo a ella, claro, porque Maite es mi 50 por ciento, mi modo de estar y de hacer. Cuarenta y siete años juntos, más otros cuatro de novios. Ella es mi prolongación y yo soy la suya. Dicho de otra manera: que sin ella yo hubiera sido un gilipollas. Pero un pedazo de gilipollas ¿eh? Tiene narices la cosa: yo, que me canso de todo, que he roto con un montón de gente, y llevo todos esos años con Maite igual que el primer día. Ni pequeños vai-venes. No, no, no. Bufidos, los que quieras, porque los dos tenemos un carácter fuertecico. Pero nada más. Y también tenía que decírselo porque los dos hemos vivido de esto. Pero somos ricos: tenemos lo que necesitamos. A mí no me hace falta comprarme un Mercedes. Me he comprado un Mini. Pues porque era el que más me gustaba. Enamoradísimo estoy de ese coche. Me parece que es la leche de bonito, ya lo verás, luego te lo enseño y nos vamos por ahí a dar una vuelta y a comer. ¿Tú eres culé? Es que, verás, te quiero llevar a un restaurante que está en el Bernabéu, en la misma grada, que se come un arroz de coña. Vamos, ahí se come el mejor arroz de Madrid, te lo digo yo.

¿Qué te decía? Que en marzo del año pasado anuncié mi retirada, eso.

Un gran amigo, el doctor Anciones, neurólogo, un genio, para mí que Marañón era una cosa igual, me preguntó por el asunto, lo de quitarme, y yo le dije: «Se me ha ido la pasión por mi oficio, doctor, así de claro. Y para hacer algo sin pasión es mejor no hacerlo», y me contestó lo mismo que Maite:

«Tienes toda la razón, Alfredo».

La pasión son las ganas, la ilusión, el disfrutar con el trabajo.

Se me ha ido la envidia sana, la que te da mecha. El otro día vi a Tommy Lee Jones, uno de mis actores favoritos, haciendo el poli retirado de *En el valle de Elab*. Extraordinaria película, de las mejores del año. Y Tommy Lee Jones estaba del carajo la vela. Tiempo atrás, yo veía una cosa como ésa y se me llevaban los demonios, me decía: «Joder, qué bueno es este tío, yo quiero hacer algo así». O el actor alemán de *La vida de los otros*. Ésos son personajes y películas que me hubiera vuelto loco por hacer. Y ahora no. Qué raro, pensé. Se me acabó la envidia, las ganas. ¿Te parece triste? Pues no sé si es triste. Es así. Como lo que cantaba Serrat: «No es amarga la verdad, lo que no tiene es remedio».

Se cansa uno. Tener que preparar un papel, aprenderlo, estudiar el personaje, construirlo, matizarlo... La preparación que otros hacían delante del director y de sus compañeros yo me la trabajaba a fondo en casa. La colocación del cuerpo, la forma de moverme, de hablar... Claro, podías improvisar una cosa en un momento determinado, pero una interpretación no se improvisa, se piensa. Y siempre fijarse en todo, siempre. Todo lo que me rodeaba. Aprender de todo. Cuando el semáforo se ponía rojo yo no me quedaba mirando las musarañas, no, no. Miraba cómo caminaba éste, el gesto de aquel otro, y luego lo filtraba a mi aire... Muchos años de no parar. Pero es que de no parar ¿eh? Es que tú no sabes lo que era aquello, que es que no lo sabes. José Luis Cuerda me decía: «Alfredo, me gustaría estar dentro de tu cuerpo y de tu cabeza, y eso que de sólo verte ya me entra la fatiga». Así era yo entonces. Bueno, hasta hace poco. No paraba quieto. Pensando, moviéndome, ahora quiero hacer esto, ahora lo otro... Ya no. No, no fue por la enfermedad, qué va, eso ya está superado. Empezó antes. Lo de perder la pasión. En estos últimos años. Yo no he tenido otra pasión. ¿Si no hubiera sido actor?

Pues lo que te digo, un gilipollas hubiera sido. Un desgraciado.

¿Un martini? Yo preparo los mejores martinis del mundo, pregúntaselo a cualquiera. Mis martinis dejan huella. Y los mejores *gin-tonics*. No los bebo, apenas los bebo, porque el doctor Anciones me dijo que comiera y bebiera lo que quisiera, aunque sin pasarme con el alcohol destilado, pero me encanta prepararlos. Lo tengo todo en un cajón de la nevera: la ginebra, las copas, el vaso mezclador. Y tomo, algo tomo, pero sin abusar.

¿Tú también andas mal de la tensión? Yo tengo un remedio cojonudo, de los montes navarros. Es el antimartini. Uno te sube y el otro te baja. Agua de alpiste se llama. Eso, lo de los pajaricos. Apunta, que más sencillo no puede ser. Ocho cucharadas soperas de alpiste por cada litro de agua. Se las echas cuando rompa a hervir y que hierva durante ocho minutos. El ocho es la clave, parece. Lo dejas enfriar, a temperatura ambiente, lo cueles y te tomas un vaso al día, por la mañana. Cada mañana, eso sí. Es un remedio que pide constancia. Yo también prefiero el martini, nos ha jodido, pero esto es mano de santo. Ya me contarás.

Tú me dices: «Alfredo, si te vienen con un proyecto maravilloso... Ahora no, vale, de aquí a dos o tres años...». Nada, hombre, nada. Yo digo una cosa y la cumplo. También era un proyecto maravilloso *Luz de domingo*, una historia sensacional, y lo que acabó saliendo... en fin. Claro que me han venido con ofertas, pero ni que apareciera Spielberg en persona. Pobre Spielberg, menudo disgusto se iba a llevar. Aquí... no me tires de la lengua, que ya me la tiro yo solito. A ver cómo te lo explico. Es que no sólo tendría que ser cojonudo el guion, que tampoco suelen serlo. Y a estas alturas, que ya no me hace falta el dinero, yo sólo querría rodar guiones cojonudos.

Además, y eso es muy importante, tendría que trabajar con un equipo que tuviera verdadera ilusión por lo que hace. Querer hacer las cosas bien.

Y eso, ahora, no sobra. Más bien no, no sé qué piensas tú.

Yo me he hinchado de llevar películas sobre los hombros, ¿eh? Películas en las que el guion era un desastre, y el director era muy simpático pero otro desastre, y había que hacerlas, había que sacar aquello adelante como fuera. Mucha porquería he hecho yo, intentando dar lo mejor en cada toma, y también he hecho cosas que son la leche de buenas. Y he tenido reconocimiento, un reconocimiento impresionante, no me quejo, tampoco es por eso, no. Yo no estoy amargado, no te lo creas. Pienso que casi todo es un asco, que este país no tiene solución, que la tele no puedes ni verla, que toda esa basura habría que prohibirla por decreto, pero sigo encantado de la vida porque he tenido y tengo una vida maravillosa.

He recibido mucho, muchísimo cariño de la gente. Para parar dos carros.

Sin falsas modestias, porque no creo en la humildad. No creo en los artistas que van de humildes, eso es un cuento chino, hombre, la mayoría de las veces es una careta, es una manera de conseguir más halagos. A mí nadie me ha oído decir nunca esa frase horrorosa de muchos actores, cuando vas a su camerino después de la función y les felicitas por su trabajo y te contestan: «No, no he estado bien. Si hubieras venido ayer...». Eso es espantoso, eso es casi un insulto. Yo sé cuándo he estado bien y digo: «Muchas gracias, lo sé». Porque lo sabes. Y si no he estado bien, que han sido pocas veces, les doy las gracias igualmente y hablo del tiempo, pero no me hago el humilde.

Digo siempre lo que pienso, ya lo verás. Y pienso que siempre hay una cosa que cada uno sabe hacer mucho mejor que todas las demás. Lo que yo hago mejor es actuar. Como actor soy muy bueno o era muy bueno. Y como persona tampoco estoy nada mal.

¿Por qué voy a esconder eso, si mi trabajo me ha costado?

Mi código siempre ha sido muy sencillo y muy claro: tratar de hacer mi trabajo lo mejor posible, abocarme en la familia y los amigos y no hacer la puñeta al prójimo. Manolo se inventó una frase cojonuda, de lo más grande que se ha dicho: «Amarás al prójimo como a ti mismo». A ver qué filósofo supera eso. Yo tengo un ángel de la guarda que se llama Pepe, y Dios es Manolo. Yo he hablado mucho con los dos, pero mucho. «Oye, Pepe, que no me has ayudado en esto, que no me has prevenido...». Es un decir, porque Pepe me ha prevenido de todo. Cuando las cosas me han ido mal es porque no le he hecho caso a Pepe. Y tengo que decir, y si no sería un desagradecido, que todo me ha ido muy bien gracias a Manolo. Sí, soy creyente en Manolo, y practicante de su doctrina, pero no de ir a misa cada domingo. Voy cuando me lo pide el cuerpo. Yo creo en Pepe y en Manolo, y creo que estamos enterrando los tres valores que para mí son fundamentales: amistad, familia y lealtad. Eso es lo básico. No hay respeto por casi nada, hay gritos y chulería y estupidez. Hoy sólo interesa el dinero y el poder, por eso hay tanta amargura y tanto reconcome y una tristeza tremenda por todos lados.

Lo de «Amar al prójimo como a ti mismo» empieza, que lo dice bien claro, por amarse a uno, por intentar mejorar cada día. Algo se consigue. Yo presumo de tener buena memoria, y cuando me acuesto paso revista a todo lo que he hecho. Una especie de dia-

rio visual. Cierro los ojos y veo tal calle, tal sitio, las caras de la mañana, las de la noche, la gente con la que he estado, y me digo: «¿Qué he hecho mal hoy? ¿Con quién no me he portado como Dios manda? ¿A quién le he soltado una barbaridad?». Porque yo soy muy manso y muy bravo al mismo tiempo. Tengo un genio endiablado, un pronto que me puede. Yo soy un toro de carril. Me ponen la muleta y entro. Si me la ponen una segunda vez y me engañan, también voy. Pero la tercera es imposible.

Sé que he de contenerme, y cada día que pasa lo consigo un poco más, aunque no del todo. Me digo que tendría que ser más flexible, más tolerante. Pensar antes de actuar, porque las cosas y la gente no suelen ser o blancas o negras. Y es difícil, es difícil, coño. No tengo mucha facilidad para perdonar.

Y a menudo los enemigos vienen solos, no te los haces.

Tú dices que lo que yo tenía que demostrar ya lo he demostrado, estoy de acuerdo. Estoy cumplido. Toda mi vida ha sido un reto detrás de otro, y ahora en el cine español que se hace no veo retos que me exciten, que me seduzcan. Cosa de la edad, quizá. Es que la edad incluye también a los grandes, grandísimos actores que yo he conocido. Eso se acabó.

Yo vengo de un mundo que ya no existe. No volverá a haber gente como Somoza o Bódalo o la familia Gutiérrez Caba, pongo por caso. Ni las Muñoz Sampedro. Ni... bah, haríamos una lista y sería empezar y no acabar. Ya irán saliendo.

Ahora lo que más abunda son esos chavales que creen que el ritmo es hablar rápido y con una patata en la boca. Han confundido la naturalidad con correr mucho y no hacer pausas, ni puntos ni comas ni nada. No matizan. Es muy difícil colocar bien y con verdad. Lo fácil es lo contrario, hacerlo corridito y farfullar. El instrumento más importante del actor es la voz, el lenguaje. La enunciación. La enunciación es lo que mueve el cuerpo y mueve el personaje.

Pues mira, igual va a ser que no me apetece hacer películas con chicos que hablan rápido y mal. Que no comunican, lo siento mucho. Para mí, el objetivo fundamental del actor es comunicar al público lo que está interpretando. Es que no hay otro, vamos. Si lo consigue es bueno, si no lo consigue es un camelo. Y camelos cada vez veo más.

Luego echas cuentas. ¿Echamos cuentas? Veinte millones de espectadores ha perdido el cine español en el último año, no me lo invento. Te dicen que si las descargas de Internet, que si el *top man-ta*. Hombre, eso influye, claro que influye, un montón. Pero no todo el mundo tiene Internet, ¿eh?

Es muy fácil echarle la culpa al empedrado.

Para que entiendas por qué he perdido la ilusión te voy a contar cómo funciona el cine español. Aquí lo dice, en el periódico de hoy: «El beneficio industrial para el productor de una película es de un 15 por ciento declarado, con independencia de que llegue o no llegue a estrenarse en salas comerciales o de lo que recaude en ellas». Ésa es la madre del cordero, lo de la *independencia*. Tiene huevos lo de la independencia. En plata: que les da igual la película, porque el negocio ya lo han hecho. Cualquiera puede ser productor hoy día. Una película española digamos media cuesta alrededor de un millón y medio de euros. Luego, claro, están las que superan eso. *El orfanato* creo que costó cuatro y medio, y si va al mercado internacional ni te digo: *Los otros* se puso en diecisiete o dieciocho.

Pero hablemos de las «normales». Tú presentas tu proyecto a una comisión. Con un poco de suerte y algún que otro contacto, lo más seguro es que te lo aprueben. Luego te vas al ICAA* y sabes que te puede caer una subvención que te cubre el 33 por ciento del presupuesto a condición de que recuperes en taquilla trescientos mil euros, unos cincuenta millones de pesetas. Esto vale tanto para una superproducción como para una película medianeja. No tiene sentido, pero es así. Naturalmente, hinchas la burra todo lo que puedes. Tantos exteriores, una carrera de coches, tres helicópteros, ese actor que arrasa porque está en una serie y que luego, claro, no hará la película porque sigue estando en la serie, en fin, metes en el plan todas las locuras que se te ocurran.

Luego vas a las cadenas de televisión, de las que te pueden caer cuatrocientos mil euros, pongamos. Ahora los productores son ellos, sin las cadenas no puedes hacer nada, porque están obligadas por narices a meter el 5 por ciento de su facturación en un fondo de ayuda al cine español. Muy santo y muy bueno, pero esto no

* ICAA: Instituto de la Cinematografía y las Artes Audiovisuales, dependiente del Ministerio de Cultura.

quiere decir que luego emitan las películas, porque saben que no las va a ver ni Cristo bendito, o sea que su interés en el asunto es nulo o tirando a nulo.

Si la película sale mala, qué se le va a hacer. Y si sale buena la echan a las tantísimas, porque salgan como salgan no creen en ellas, prefieren poner *Escenas de matrimonio* o cosas de esas en las que grita todo quisque.

¡Si a mí me han llegado a decir que prefieren emitir lo de Teletienda, que tiene más audiencia! Cualquier cosa tiene más audiencia que una película española. Meten el dinero ahí porque les obliga la ley, como lo meterían en una fábrica de chorizos, con la diferencia de que con lo de los chorizos pueden perder. Al principio, las cadenas producían directamente películas basadas en series suyas, pero acabaron comiéndoselas entre pan. Lo que sí empiezan a hacer ahora es concentrar ese presupuesto en una película grande, como *Alatriste*, en vez de diversificarlo, que tampoco es mala idea, mejor una cosa potente que veinte cositas.

Bueno, pues supongamos que has conseguido dinero de las cadenas, y de los distribuidores, de los que con suerte puedes sacar unos trescientos mil más. Cuando han aprobado tu proyecto y has levantado la producción, te dan el cartón de rodaje. Vas al ICO*, presentas tus cuentas del Gran Capitán y te dan un crédito a un interés bajísimo. Si normalmente es del 15 por ciento, allí lo consigues por un 2 por ciento. Ruedas la película y estrenas. Estamos en las mismas, tampoco hay que ser un lince para darse cuenta de que la mayor parte de las películas españolas no duran ni dos semanas en cartel. Razones, las que quieras. Que si los exhibidores prefieren el cine americano y le dan al cine español las peores fechas y muy pocas salas, que si los productores no las promocionan...

O simplemente que el público no va porque no le interesa un grijo lo que le cuentan. Tú te preguntarás: ¿cómo llegas a recaudar en dos semanas esos trescientos mil euros de taquilla para recuperar el 33 por ciento del presupuesto? Pues es muy fácil, aunque haya gente que no se lo crea: comprando las entradas.

Que sí, hombre, que sí, que la mitad de los productores las compran. La tira de entradas compran. Hombre, evidentemente

* ICO: Instituto de Crédito Oficial.

no van al Capitol y le dicen a la taquillera: «Póngame una ristra que aquí traigo diez millones».

Tienen sus canales, sus contactos con los exhibidores.

En España hay cinco mil cines, que a este paso pronto se quedarán en la mitad o menos, y se organiza un red de compra de butacas, en Oviedo, en Carcagente y en Villanueva de la Jurisdicción, qué sé yo. Hacerse, no sé exactamente cómo se hace, pero vaya, ellos mismos me lo han contado, es práctica habitualísima. Un negocio redondo. Y lo acojonante es que ni aun así despega el sector. Las televisiones, con lo del 5 por ciento, invirtieron el año pasado ochocientos millones para reactivar el cine español. ¿Cómo se explica entonces que no despegue, que no se capitalicen las empresas productoras?

Es que no se explica.

Todo esto que te cuento antes no existía. Para mí, todo empezó a fastidiarse con la famosa Ley Miró. Creó unas comisiones que repartían los cartones de rodaje entre sus amigos. Y los productores de la vieja escuela, que eran los que hacían más películas, se quedaron fuera del reparto. Ya, ya, ya sé lo que me vas a decir. Que antes tampoco era gloria bendita. Claro que no, no me chupo yo el dedo. Llevo la tira en esta profesión, y picaresca y mangantes ha habido siempre, y hecha la ley hecha la trampa. Existían las subvenciones oficiales y quien más piaba más sacaba, y se rodaba más cine español, pero se hacían películas de chichinabo para conseguir licencias de importación y de doblaje, lo que quieras, y todos las hemos hecho porque había que comer.

Pero también había unos señores, individuos, no colectivos, a los que les gustaba el cine y se jugaban el dinero. Estaban los que producían mierda, de acuerdo, y cinco, diez, quince personas que creían en sus productos y arriesgaban y los apoyaban porque querían hacer las cosas bien. Las promocionaban con toda su alma. Si la película funcionaba, ganaban; si no, perdían la camisa. Ése era el juego. Ahora todo eso da igual. Hoy día no se hace una película que pueda perder, pongamos, ni un 10 por ciento.

Ya no existe gente como Emiliano Piedra. O como Alfredo Matas, que era productor, distribuidor y exhibidor.

Antes una película tenía más vida. Se podía amortizar porque pasaba de estreno a reestreno, luego a reestreno preferente, luego a programa doble... Ahora la mayoría van directamente a las estanterías de los videoclubes o como se llamen ahora. Ya sé que

todo eso ha muerto porque las cosas cambian y no hay tu tía, pero hay algunas cosas que podrían, creo yo, encauzarse.

En Francia, por lo que yo sé, es distinto. Es un gran modelo que no se ha estudiado lo bastante. El cine francés es de los más protegidos de Europa, pero en el buen sentido: han logrado crear grandes éxitos de consumo propio, que rara vez llegan aquí, por cierto, aunque eso les importa un pimiento mientras cubran su mercado. Los franceses van a ver cine americano, desde luego, pero muchísimo cine francés, porque su industria ha sabido crear un *star system*. Aquí llega el amigo Harry Potter y copa quinientas salas. Tal como están las cosas, contra eso es imposible competir. Pero allí tienen una ley cojonuda, amigo, que les dice a los exhibidores: subtítenles ustedes una serie de copias y si quieren hacer más en versión doblada para que vaya más gente, o sea, compitiendo directamente con el cine francés, tienen que dar un dinero que va a parar al fondo de protección. Aquí ya veríamos cómo se tomaban eso los exhibidores, que ahora dicen que prefieren programar cine europeo antes que español para cubrir la cuota, pero para eso digo yo que está el Ministerio de Cultura, para dictar leyes y hacer que se cumplan, ¿no?

Pues eso es lo que pasa con el cine español, y ya te digo que me lo veo todo, y si hay una película buena, interesante, bien hecha, entre cincuenta que son más malas que la carne de pescuezo, la has de buscar con lupa. No me hacen gracia las pretendidamente cómicas ni me emocionan las serias.

Quizá sea problema mío, lo reconozco. Tú eres más optimista que yo.